

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

Unicuique suum

Non praevalent

Año LIII, número 26 (2.723)

Ciudad del Vaticano

25 de junio de 2021



El camino
liberador
y siempre
nuevo de
Jesucristo

El Papa saludó la mañana del miércoles 23 de junio, durante la audiencia general celebrada con los fieles en el patio de San Dámaso del Vaticano, a Mattia Villardita, un joven italiano de 28 años que se disfraza del superhéroe para visitar a los niños enfermos en los hospitales. Es el fundador de 'Supereroincorsia', una asociación que tiene esta forma de llevar una sonrisa a los niños

En el Ángelus el llamamiento ante la experiencia desgarradora de miles de desplazados que mueren de hambre

Paz y pasillos humanitarios para Myanmar

Y en la Jornada mundial de refugiado la invitación a abrir los corazones a la acogida

Un llamamiento para llamar «la atención del mundo entero sobre la desgarradora experiencia de miles de personas» que en Myanmar «están desplazados y están muriendo de hambre» y otro para abrir «nuestro corazón a los refugiados» en la Jornada dedicada a ellos por la ONU, fueron lanzados por el Papa al finalizar el Ángelus del 20 de junio. Antes de la oración mariana, desde la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico vaticano con los fieles reunidos a medio día en la plaza de San Pedro, comentando como es habitual el Evangelio del domingo, el Pontífice había hablado del episodio de la tempestad calmada por Jesús.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días! En la liturgia de hoy se narra el episodio de la tempestad calmada por Jesús (Mc 4,35-41). La barca en la que los discípulos atraviesan el lago es asaltada por el viento y las olas y ellos temen hundirse. Jesús está con ellos en la barca, sin embargo, se queda en la popa durmiendo sobre un cabezal. Los discípulos, llenos de miedo, le gritan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v.

con creer que Dios está, que existe, sino que es necesario involucrarse con Él, es necesario también alzar la voz con Él. Escuchad esto: es necesario gritarle a Él. La oración, muchas veces, es un grito: «¡Señor, sálvame!». Hoy, Día del Refugiado, estaba viendo en el programa «A sua immagine» (A su imagen), muchos que vienen en pateras y cuando se van a ahogar gritan: «¡Sálvanos!». También en nuestra vida sucede lo mismo: «¡Señor, sál-

Hoy podemos preguntarnos: ¿cuáles son los vientos que se abaten sobre mi vida, cuáles son las olas que obstaculizan mi navegación y ponen en peligro mi vida espiritual, mi vida de familia, mi vida psíquica también?

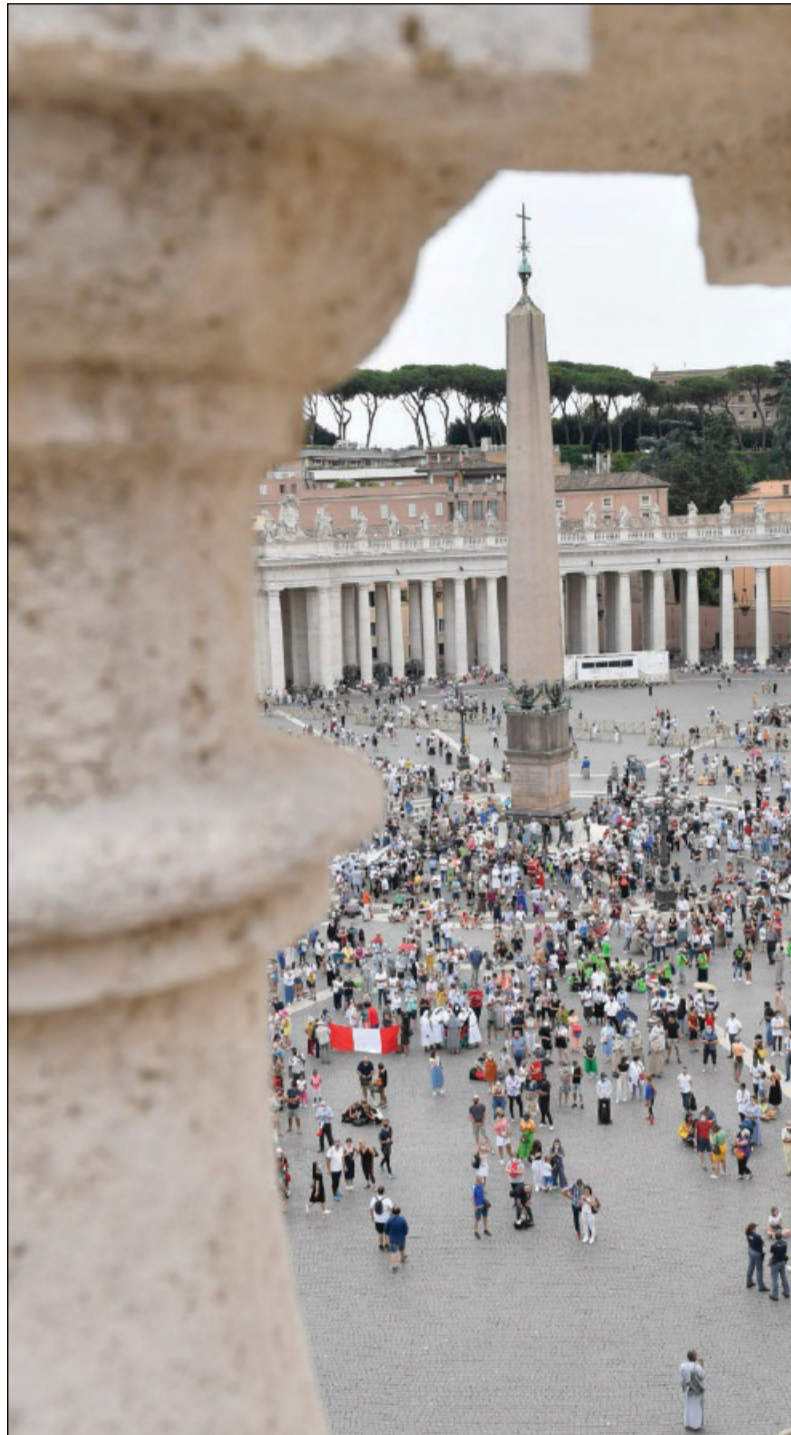
38). Y muchas veces también nosotros, asaltados por las pruebas de la vida, hemos gritado al Señor: «¿Por qué te quedas en silencio y no haces nada por mí?». Sobre todo cuando parece que nos hundimos, porque el amor o el proyecto en el que habíamos puesto grandes esperanzas desvanecen; o cuando estamos a merced de las persistentes olas de la ansiedad; o cuando nos sentimos sumergidos por los problemas o perdidos en medio del mar de la vida, sin ruta y sin puerto. O incluso, en los momentos en los que desaparece la fuerza para ir adelante, porque falta el trabajo o un diagnóstico inesperado nos hace temer por nuestra salud o la de un ser querido. Son muchos los momentos en los que nos sentimos en tempestad, nos sentimos casi acabados.

En estas situaciones y en muchas otras, también nosotros nos sentimos ahogados por el miedo y, como los discípulos, corremos el riesgo de perder de vista lo más importante. En la barca, de hecho, incluso si duerme, Jesús está, y comparte con los suyos todo lo que está sucediendo. Su sueño, por un lado nos sorprende, y por el otro nos pone a prueba. El Señor está ahí, presente; de hecho, espera —por así decir— que seamos nosotros los que le impliquemos, le invoquemos, le pongamos en el centro de lo que vivimos. Su sueño nos provoca el despertarnos. Porque, para ser discípulos de Jesús, no basta

vanos!», y la oración se convierte en un grito.

Hoy podemos preguntarnos: ¿cuáles son los vientos que se abaten sobre mi vida, cuáles son las olas que obstaculizan mi navegación y ponen en peligro mi vida espiritual, mi vida de familia, mi vida psíquica también? Digamos todo esto a Jesús, contémosle todo. Él lo desea, quiere que nos aferremos a Él para encontrar refugio de las olas anómalas de vida. El Evangelio cuenta que los discípulos se acercan a Jesús, le despiertan y le hablan (cfr. v. 38). Este es el inicio de nuestra fe: reconocer que solos no somos capaces de mantenernos a flote, que necesitamos a Jesús como los marineros a las estrellas para encontrar la ruta. La fe comienza por el creer que no bastamos nosotros mismos, con el sentir que necesitamos a Dios. Cuando vencemos la tentación de encerrarnos en nosotros mismos, cuando superamos la falsa religiosidad que no quiere incomodar a Dios, cuando le gritamos a Él, Él puede obrar maravillas en nosotros. Es la fuerza mansa y extraordinaria de la oración, que realiza milagros.

Jesús, implorado por los discípulos, calma el viento y las olas. Y les plantea una pregunta, una pregunta que nos concierne también a nosotros: «¿Por qué estáis con tanto miedo? ¿Cómo no tenéis fe?» (v. 40). Los discípulos se habían dejado llevar por el miedo, porque se habían quedado mirando las



olas más que mirar a Jesús. Y el miedo nos lleva a mirar las dificultades, los problemas difíciles y no a mirar al Señor, que muchas veces duerme. También para nosotros es así: ¡cuántas veces nos quedamos mirando los problemas en vez de ir al Señor y dejarle a Él nuestras preocupaciones! ¡Cuántas veces dejamos al Señor en un rincón, en el fondo de la barca de la vida, para despertarlo solo en el momento de la necesidad! Pidamos hoy la gracia de una fe que no se cansa de buscar al Señor, de llamar a la puerta de su Corazón. La Virgen María, que en su vida nunca dejó de confiar en Dios, despierte en nosotros la necesidad vital de encomendarnos a Él cada día.

Al finalizar el Ángelus, después del llamamiento por Myanmar y por los refugiados, el Obispo de Roma saludó a los grupos de fieles presentes.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Uno mi voz a la de los obispos de Myanmar, que la semana pasada lanzaron un llamamiento llamando la atención del mundo entero sobre la desgarradora experiencia de miles de personas que en ese país están desplazados y están muriendo de hambre: «Nosotros suplicamos con toda la gentileza

permitir pasillos humanitarios» y que «iglesias, pagodas, monasterios, mezquitas, templos, como también escuelas y hospitales» sean respetados como lugares neutrales de refugio. ¡Que el Corazón de Cristo toque los corazones de todos llevando paz a Myanmar!

Hoy se celebra el Día Mundial del Refugiado, promovido por las Naciones Unidas, sobre el tema «Juntos podemos hacer la diferencia». Abramos nuestro corazón a los refugiados; hagamos nuestras sus tristezas y sus alegrías; ¡aprendamos de su valiente resiliencia! Y así, todos juntos, haremos crecer una comunidad más humana, una única gran familia. Dirijo una cordial bienvenida a todos vosotros, procedentes de Roma, de Italia y de otros países. Veo peruanos, polacos... y otros países allí... En particular, saludo a la Asociación Guías y Scout Católicos Italianos; la delegación de madres profesoras en las escuelas italianas, los jóvenes del Centro Padre Nuestro de Palermo, fundado por el beato don Puglisi; los jóvenes de Tremignon y Vaccarino, y los fieles de Niscemi, Bari, Anzio y Villa de Briano.

Os deseo a todos un feliz domingo. Por favor no os olvidéis de rezar por mí. ¡Buen almuerzo y hasta pronto!

El cardenal Ayuso Guixot en Burgos

El diálogo necesidad vital

Construir la vida como una catedral: abierta, acogedora, inclusiva, capaz de ofrecer un refugio para todos. Es la invitación dirigida por el cardenal Miguel Ángel Ayuso Guixot, presidente del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, inaugurando el miércoles por la tarde 16 de junio, el «Foro de la concordia» en Burgos. La iniciativa se enmarca entre las celebraciones por el VIII centenario de la fundación de la catedral de la ciudad española.

El foro ha sido promovido por la facultad de teología del norte de España y del cabildo de la catedral de Burgos.

Hablar de las religiones y de su contribución a la paz y a la armonía, explicó el purpurado, es un tema actual, porque en estos tiempos en los que «la concordia, la paz y la fraternidad están amenazados en muchos frentes, cualquier contribución que pueda preservarlas debería ser bienvenida».

Al respecto, observó, el diálogo interreligioso no puede ser entendido como un camino de concordia si no es parte del largo recorrido de las relaciones interreligiosas de la Iglesia católica.

Esto, dijo, ha encontrado expresión

oficial en el concilio Vaticano II, comprendido en el discurso de apertura del 11 de octubre de 1962, cuando Juan XXIII «invitó a promover la unidad en la familia cristiana y humana: la unidad de los católicos, la unidad con los cristianos que no están todavía en plena comunión» y, finalmente, la unidad por parte de aquellos que profesan otras religiones.

En los próximos años, prosiguió Ayuso, no obstante las dificultades, la Iglesia y el mundo se comprometerán mayormente a responder al gran desafío del diálogo interreligioso.

De aquí la convicción de que las diferentes religiones, cada una con su propio bagaje religioso y humano, puedan contribuir a la instauración de la paz, que «es un bien indispensable para todos y el deseo de todo ser humano».

El diálogo, subrayó el cardenal, se realiza con personas concretas que se encuentran en la vida cotidiana, en ambientes comunes, y que a menudo comparten muchos momentos de su vida.

La Iglesia católica, explicó, «es consciente del valor de la promoción de la amistad y del respeto» entre las personas de diferentes tradiciones religiosas. Se comprende su importan-

cia, aseveró el purpurado, tanto porque el mundo se ha convertido de alguna manera en más pequeño o porque el fenómeno de la migración está aumentado los contactos entre las personas y las comunidades.

Por otro lado, añadió, el compromiso de la Iglesia católica en el diálogo, que abre los «caminos de la paz y de la armonía forma parte de su misión original y tiene sus raíces en el evento conciliar», al cual los Pontífices han hecho referencia también en su magisterio.

El tema del diálogo interreligioso subrayó el cardenal, hoy no es «algo opcional, sino una necesidad vital, de la que depende en gran parte nuestro futuro».

También el Papa Francisco, recordó Ayuso Guixot, ha dado importancia a las relaciones entre los miembros de las diferentes religiones, subrayando «la importancia de la amistad, del respeto y de la fraternidad» y comparó el diálogo con el hacerse compañeros de viaje de todo ser humano, en el camino hacia la verdad.

El diálogo, indicó, no puede desarrollarse en la ambigüedad. Se debe prestar atención al otro: «Quien reza y piensa diferente a mí no es un enemigo».

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA
Unicum sum Non praevalent

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.oss@spc.va
www.osservatoreromano.va

ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 4581

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico
publicazioni.photo@spc.va

Publicidad: Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa 91, 20149 Milano
segreteria@direzioneromano.com

Tarifas de suscripción: Italia - Vaticano: € 58,00; Europa (España + IVA): € 100,00 - \$ 148,00; América Latina, África, Asia: € 110,00 - \$ 160,00; América del Norte, Oceanía: € 162,00 - \$ 240,00. Administración: 00120 Ciudad del Vaticano, teléfono + 39 06 698 45450/45451/45454, fax + 39 06 698 45456, e-mail: ingo.or@spc.va - diffusione.or@spc.va.

En México: Arquidiócesis primada de México. Dirección de Comunicación Social. San Juan de Dios, 222-C. Col. Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370. Del. Tlalpan. México, D.F. teléfono + 52 55 2652 99 55, fax + 52 55 5518 75 31; e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx.

En Perú: Editorial salesiana, Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú; teléfono + 51 42 357 82; fax + 51 431 67 82; e-mail: editorial@salesianos.edu.pe.

Nota de la Pontificia Academia por la Vida

Aprendiendo de la discapacidad para salir de la crisis

«La amistad con las personas con discapacidad: el comienzo de un nuevo mundo. Aprender de las experiencias de las personas con discapacidad y de sus cuidadores durante la pandemia de Covid-19» es el título de la nueva nota de la Pontificia Academia para la Vida (Pav) publicada el 15 de junio.

El documento – elaborado en colaboración con la Comisión vaticana Covid-19 – sigue a las notas «Pandemia y fraternidad universal (30 de marzo de 2020)», «Humana Communitas en la era de la pandemia» (22 de julio de 2020) y «La vejez nuestro futuro» (9 de febrero de 2021).

La nueva nota hace presente que «las personas con discapacidades y sus cuidadores necesitan y merecen una atención y un apoyo especiales porque la pandemia ha impactado desproporcionadamente sus vidas de forma negativa». También destaca la exigencia de implicar y apoyar lo más posible a las personas con discapacidad «para tomar decisiones de atención médica y planes de atención anticipados en todo momento, incluso durante las pande-

mias».

La Pav señala, en particular, tres preocupaciones éticas fundamentales. Sobre todo la urgencia de «promover la adaptación a las necesidades específicas de las personas con discapacidad para que se beneficien de las políticas e intervenciones de salud pública. Debemos involucrar a estas personas en la medida de lo posible en la planificación y toma de decisiones». Además, expresa la solicitud de que, «en la salud pública, como en toda la atención sanitaria», se vaya «más allá de considerar la discapacidad únicamente en términos biológicos. Debemos apoyar a las personas con discapacidad y a sus familias de forma coordinada e integrada en todas las especialidades médicas y de otro tipo, y en varios sectores del gobierno y de la sociedad».

El tercer punto prevé el compromiso a «desarrollar sistemas de salud pública basados en la solidaridad y en una opción preferencial por los pobres y los vulnerables a nivel local y mundial». Es más, precisamente «las lecciones que las personas con discapacidad

pueden enseñarnos, especialmente durante esta pandemia, son provocadoras. Nos desafían a adoptar una nueva perspectiva sobre el significado de la vida. Nos invitan a aceptar la interdependencia, la responsabilidad mutua y el cuidado de los demás como estilo de vida y como forma de promover el bien común». Deseando que para escuchar a las personas con discapacidad se dé vida a una auténtica «autoridad docente de la discapacidad», la nota sugiere siete «recomendaciones prácticas». Y, en particular, a las organizaciones sanitarias católicas pide que «muestren su liderazgo a la hora de responder a las necesidades de las personas con discapacidad y sus familias durante y después de esta pandemia».

Además, afirma el documento, «a medida que el mundo distribuya las vacunas Covid-19, recomendamos dar prioridad no solo a aquellos que, dentro de los países y las comunidades, corren un alto riesgo de infección y enfermedades graves, sino también a aquellos, como las personas con discapacidad, a quienes las medidas genéricas de sa-



lud pública imponen cargas desproporcionadas» como, por ejemplo, la pérdida de servicios de ayuda esenciales. En la conclusión la Pav recuerda que la Palabra de Dios exhorta a construir un mundo «sin fronteras, sin prejuicios contra las personas con discapacidades, en el que nadie

tenga que enfrentarse solo a los retos de la supervivencia personal». El Evangelio enseña que «al final de nuestra vida y de la historia de la humanidad, se nos juzgara por nuestro amor al prójimo, especialmente a los pobres, a los más vulnerables y a los que son considerados los últimos

de la familia humana». De aquí la invitación a adoptar medidas «para garantizar que, una vez que se haya disipado el lodo de la devastación de esta pandemia, construyamos un mundo mejor, un mundo en el que las personas con discapacidad sean siempre valoradas, acogidas y amadas».

A los diáconos permanentes de su diócesis el Papa pide que sean centinelas capaces de ver a Jesús en los pobres

Ni “medio sacerdotes” ni “monaguillos de lujo”

«No “medio sacerdotes”, o curas de segunda categoría, ni “monaguillos de lujo”, sino «servidores solícitos que hacen todo lo posible para que nadie quede excluido y el amor del Señor toque concretamente la vida de las personas»: así ve Francisco a los diáconos permanentes. Lo dijo a los de la diócesis de Roma, recibidos en audiencia con las familias en la mañana del 19 de junio, en el aula de las Bendiciones.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos! Gracias por la visita.

Os agradezco vuestras palabras y vuestros testimonios. Saludo al cardenal vicario, a todos vosotros y a vuestras familias. Me alegro de que tú, Giustino, hayas sido nombrado director de Cáritas: mirándote creo que crecerá, ¡eres el doble de alto que don Ben, adelante! (ríen, aplausos). Me alegro también de que la diócesis de Roma haya retomado la antigua costumbre de confiar una iglesia a un diácono para que se convierta en una diaconía, como ha hecho contigo, querido Andrea, en un barrio obrero de la ciudad. Os saludo a ti y a tu mujer Laura con afecto. Espero que no termines como san Lorenzo, pero sigue adelante (ríen).

Ya que me habéis preguntado qué espero de los diáconos de Roma, os diré algunas cosas, como suelo hacer cuando me encuentro con vosotros y me detengo a hablar con algunos.

Comencemos reflexionando un poco sobre el ministerio del diácono. El camino principal a seguir es el indicado por el Concilio Vaticano II, que entendió el diaconado como «grado propio y permanente de la jerarquía». La *Lumen gentium*, después de describir la función de los presbíteros como una participación en la función sacerdotal de Cristo, ilustra el ministerio de los diáconos, «que reciben –dice– la imposición de las manos no en orden al sacerdocio, sino en orden al servicio» (n. 29). Esta diferencia no es insignificante. El diaconado, que en la concepción anterior se reducía a una orden de paso al sacerdocio, recupera así su lugar y su especificidad. El mero hecho de subrayar esta

diferencia ayuda a superar la lacra del clericalismo, que sitúa a una casta de sacerdotes “por encima” del Pueblo de Dios. Este es el núcleo del clericalismo: una casta sacerdotal “por encima” del Pueblo de Dios. Y si esto no se resuelve, seguirá el clericalismo en la Iglesia. Los diáconos, precisamente por estar dedicados al servicio de este Pueblo, nos recuerdan que en el cuerpo eclesial nadie puede elevarse por encima de los demás. En la Iglesia debe prevalecer la lógica opuesta, la lógica del abajamiento. Todos estamos llamados a abajarnos, porque Jesús se abajó, se hizo siervo de todos. Si hay alguien grande en la Iglesia es Él, que se hizo el más pequeño y el siervo de todos. Todo comienza aquí, como nos recuerda el hecho de que el diaconado es la puerta de entrada al Orden. Y diácono se permanece para siempre. Recordemos, por favor, que siempre para los discípulos de Jesús amar es servir y servir es reinar. El poder reside en el servicio, no en otra cosa. Y como tú has recordado lo que digo, que los diáconos son los custodios del servicio en la Iglesia, por consecuencia se puede decir que son los custodios del poder “verdadero” en la Iglesia, para que nadie vaya más allá del poder del servicio. Pensadlo.

El diaconado, siguiendo el camino marcado por el Concilio, nos lleva así al centro del misterio de la Iglesia. Así como he hablado de “Iglesia constitutivamente misionera” y de “Iglesia constitutivamente diaconal”, digo que deberíamos hablar de “Iglesia constitutivamente diaconal”. Si no se vive esta dimensión del servicio, todo ministerio, en efecto, se vacía por dentro, se vuelve estéril, no produce frutos. Y poco a poco se vuelve mundano. Los diáconos recuerdan a la Iglesia que lo que descubrió Santa Teresita es cierto: la Iglesia tiene un corazón quemado por el amor. Sí, un corazón humilde que palpita con el servicio. Los diáconos nos lo recuerdan cuando, como el diácono san Francisco, llevan a los demás la cercanía de Dios sin imponerse, sirviendo con humildad y alegría. La generosidad de un

diácono que se entrega sin buscar las primeras filas huele a Evangelio, nos habla de la grandeza de la humildad de Dios que da el primer paso –siempre, Dios da siempre el primer paso– para salir al encuentro incluso de los que le han dado la espalda. Hoy también debemos prestar atención a otro aspecto. La disminución del número de sacerdotes ha llevado a la dedicación prevalente de los diáconos a tareas de suplencia que, aunque importantes, no constituyen la naturaleza específica del diaconado. Son tareas de suplencia. El Concilio, después de hablar del servi-

slao. Sé que también estáis muy presentes en Cáritas y en otras realidades cercanas a los pobres. Así no perderéis nunca la brújula: los diáconos no serán “medio sacerdotes”, o curas de segunda categoría, ni “monaguillos de lujo”; no, por ese camino no se va; serán servidores solícitos que hacen todo lo posible para que nadie quede excluido y el amor del Señor toque concretamente la vida de las personas. En definitiva, se podría resumir la espiritualidad diaconal, es decir, la espiritualidad del servicio, en pocas palabras: Disponibilidad dentro y apertura fuera. Disponibles

dentro, desde el corazón, dispuestos a decir sí, dóciles, sin hacer girar la vida en torno a la propia agenda

dentro, desde el corazón, dispuestos a decir sí, dóciles, sin hacer girar la vida en torno a la propia agenda; y abiertos fuera, con la mirada dirigida a todos, sobre todo a los que quedan fuera, a los que se sienten excluidos. Ayer leí un pasaje de don Orión que hablaba de la acogida de los necesitados y decía así: “En nuestras casas –hablaba a los religiosos de su congregación–, en nuestras casas debe ser acogido cualquier tipo de necesidad, cualquier cosa, incluso el que tenga una pena”. Y esto me gusta. Recibir no solamente a los necesitados, sino al que tiene una pena. Ayudar a esta gente es importante. Os lo confío.

En cuanto a lo que espero de los diáconos de Roma, añadiré tres breves ideas más –pero no os asustéis, que ya estoy terminando–, que no van en la dirección de “cosas que hacer”, sino de dimensiones que cultivar. En primer lugar, espero que seáis humildes. Es triste ver a un obispo y a un sacerdote pavonearse, pero es todavía más triste ver a

un diácono que quiere ser el centro del mundo, o el centro de la liturgia, o el centro de la Iglesia. Humildes. Que todo el bien que hagáis sea un secreto entre vosotros y Dios. Y así dará frutos. En segundo lugar, espero que seáis buenos esposos y buenos padres. Y buenos abuelos. Esto dará esperanza y consuelo a las parejas que pasan por momentos de fatiga y que encontrarán en vuestra sencillez genuina una mano tendida. Podrán pensar: “¡Mira nuestro diácono! Se alegra de estar con los pobres, pero también con el párroco e incluso con sus hijos y su mujer”. ¡También con la suegra, es muy importante! Hacer todo con alegría, sin quejarse: es un testimonio que vale más que muchos sermones. Y nada de quejas, adiós. Sin quejarse. “He tenido tanto trabajo, tanto...”. Nada. Tragáoslas. Fuera. La sonrisa, la familia, abiertos a la familia, la generosidad...

Por último, la tercera cosa, espero que seáis centinelas: no sólo que sepáis divisar a los lejanos y a los pobres –esto no es tan difícil–, sino que ayudadéis a la comunidad cristiana a divisar a Jesús en los pobres y en los lejanos, ya que llama a nuestras puertas a través de ellos. Es una dimensión, diría también, catequética, profética, del centinela-profeta-catequista que sabe ver más allá y ayudar a los demás a ver más allá, y ver a los pobres, que están lejos. Podéis hacer vuestra bella imagen del final de los Evangelios, cuando Jesús desde lejos pregunta a sus discípulos: «¿No tenéis nada que comer?» Y el discípulo amado lo reconoce y dice: «¡Es el Señor!» (Jn 21, 5-7). Cualquier necesidad, ver al Señor. Así, también vosotros divisad al Señor cuando, en muchos de sus hermanos más pequeños, pide ser alimentado, acogido y amado. Sí, quisiera que éste fuera el perfil de los diáconos de Roma y de todo el mundo. Trabajad en esto. Sois generosos y adelante así. Os doy las gracias por lo que hacéis y por lo que sois y os pido, por favor, que sigáis rezando por mí.

Gracias.

Mensaje para la primera Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores

«Yo estoy contigo todos los días»

El domingo 25 de julio se celebrará la primera Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores: el Papa Francisco ha escrito un mensaje para la ocasión y ese domingo presidirá la misa en la Basílica Vaticana. «Yo estoy contigo todos los días» (cf. Mt 28, 20) es el tema de la Jornada elegido por el Pontífice, que en el mensaje invita a los mayores a ser protagonistas concretos a través de «los sueños, la memoria y la oración». Los objetivos y las modalidades de la Jornada se presentaron el martes 22 de junio en una conferencia de prensa por el cardenal Kevin Farrell, Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, y por algunos testigos de la atención privilegiada de la Iglesia por los ancianos. Además, la Penitenciaría Apostólica ha emitido un decreto por el que se concede la indulgencia plenaria a todas las personas del mundo que participen en las celebraciones de la Jornada, a los ancianos que estén enfermos, solos o discapacitados y no puedan salir, y a quienes los visiten, incluso virtualmente. Publicamos, a continuación, el mensaje del Papa.

QUERIDOS ABUELOS, QUERIDAS ABUELAS:

«Yo estoy contigo todos los días» (cf. Mt 28, 20) es la promesa que el Señor hizo a sus discípulos antes de subir al cielo y que hoy te repite también a ti, querido abuelo y querida abuela. A ti. «Yo estoy contigo todos los días» son también las palabras que como Obispo de Roma y como anciano igual que tú me gustaría dirigirte con motivo de esta primera Jornada Mundial de los Abuelos y de las Personas Mayores. Toda la Iglesia está junto a ti —digamos mejor, está junto a nosotros—, ¡se preocupa por ti, te quiere y no quiere dejarte solo!

Soy muy consciente de que este

mensaje te llega en un momento difícil: la pandemia ha sido una tormenta inesperada y violenta, una dura prueba que ha golpeado la vida de todos, pero que a nosotros mayores nos ha reservado un trato especial, un trato más duro. Muchos de nosotros se han enfermado, y tantos se han ido o han visto apagarse la vida de sus cónyuges o de sus seres queridos. Muchos, aislados, han sufrido la soledad durante largo tiempo.

El Señor conoce cada uno de nuestros sufrimientos de este tiempo. Está al lado de los que tienen la dolorosa experiencia de ser dejados a un lado. Nuestra soledad —agravada por la pandemia— no le es indiferente. Una tradición narra que también san Joaquín, el abuelo de Jesús, fue apartado de su comunidad porque no tenía hijos. Su vida —como la de su esposa Ana— fue considerada inútil. Pero el Señor le envió un ángel para consolarlo. Mientras él, entristecido, permanecía fuera de las puertas de la ciudad, se le apareció un enviado del Señor que le dijo: «¡Joaquín, Joaquín! El Señor ha escuchado tu oración insistente»¹. Giotto, en uno de sus famosos frescos², parece ambientar la escena en la noche, en una de esas muchas noches de insomnio, llenas de recuerdos, preocupaciones y deseos a las que muchos de nosotros estamos acostumbrados. Pero incluso cuando todo parece oscuro, como en estos meses de pandemia, el Señor sigue enviando ángeles para consolar nuestra soledad y repetirnos: «Yo estoy contigo todos los días». Esto te lo dice a ti, me lo dice a mí, a todos. Este es el sentido de esta Jornada que he querido celebrar por primera vez

precisamente este año, después de un largo aislamiento y una reanudación todavía lenta de la vida social. ¡Que cada abuelo, cada anciano, cada abuela, cada persona mayor —sobre todo los que están más solos— reciba la visita de un ángel!

A veces tendrán el rostro de nuestros nietos, otras veces el rostro de familiares, de amigos de toda la vida o de personas que hemos conocido durante este momento difícil. En este tiempo hemos aprendido a comprender lo importante que son los abrazos y las visitas para cada uno de nosotros, ¡y cómo me entristece que en algunos lugares esto todavía no sea posible!

Sin embargo, el Señor también nos envía sus mensajeros a través de la Palabra de Dios, que nunca deja que falte en nuestras vidas. Leamos una página del Evangelio cada día, recemos con los Salmos, leamos los Profetas. Nos conmovió la fidelidad del Señor. La Escritura también nos ayudará a comprender lo que el Señor nos pide hoy para nuestra vida. Porque envía obreros a su viña a todas las horas del día (cf. Mt 20, 1-16), y en cada etapa de la vida. Yo mismo puedo testimoniar que recibí la llamada a ser Obispo de Roma cuando había llegado, por así decirlo, a la edad de la jubilación, y ya me imaginaba que no podría hacer mucho más. El Señor está siempre cerca de nosotros —siempre con nuevas invitaciones, con nuevas palabras, con sus consuelos, pero siempre está cerca de nosotros. Ustedes saben que el Señor es eterno y que nunca se jubila. Nunca.

En el Evangelio de Mateo, Jesús dice a los Apóstoles: «Vayan, y hagan que todos los pueblos

sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a cumplir todo lo que yo les he mandado» (28, 19-20). Estas palabras se dirigen también hoy a nosotros y nos ayudan a comprender mejor que nuestra vocación es la de custodiar las raíces, transmitir la fe a los jóvenes y cuidar a los pequeños. Escuchen bien: ¿cuál es nuestra vocación hoy, a nuestra edad? Custodiar las raíces, transmitir la fe a los jóvenes y cuidar de los pequeños. No lo olviden.

No importa la edad que tengas, si sigues trabajando o no, si estás solo o tienes una familia, si te convertiste en abuela o abuelo de joven o de mayor, si sigues siendo independiente o necesitas ayuda, porque no hay edad en la que puedas retirarte de la tarea de anunciar el Evangelio, de la tarea de transmitir las tradiciones a los nietos. Es necesario ponerse en marcha y, sobre todo, salir de uno mismo para emprender algo nuevo.

Hay, por tanto, una vocación renovada también para ti en un momento crucial de la historia. Te preguntará: pero, ¿cómo es posible? Mis energías se están agotando y no creo que pueda hacer mucho más. ¿Cómo puedo empezar a comportarme de forma diferente cuando la costumbre se ha convertido en la norma de mi existencia? ¿Cómo puedo dedicarme a los más pobres cuando tengo ya muchas preocupaciones por mi familia? ¿Cómo puedo ampliar la mirada si ni siquiera se me permite salir de la residencia donde vivo? ¿No ya es mi soledad una carga demasiado pesada? Cuántos de ustedes se hacen esta pregunta: mi soledad, ¿no es una piedra demasiado pesada? El mismo Jesús escuchó una pregunta de este tipo a Nicodemo, que le preguntó: «¿Cómo puede un hombre volver a nacer cuando ya es viejo?» (Jn 3, 4). Esto puede ocurrir, responde el Señor, abriendo el propio corazón a la obra del Espíritu Santo, que sopla donde quiere. El Espíritu Santo, con esa libertad que tiene, va a todas partes y hace lo que quiere.

Como he repetido en varias ocasiones, de la crisis en la que se encuentra el mundo no saldremos iguales, saldremos mejores o peores. Y «ojalá no se trate de otro episodio severo de la historia del que no hayamos sido capaces de aprender —nosotros somos duros de mollera!— Ojalá no nos olvidemos de los ancianos que murieron por falta de respiradores [...] Ojalá que tanto dolor no sea inútil, que demos un salto hacia una forma nueva de vida y descubramos definitivamente que nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, para que la humanidad renazca» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 35). Nadie se salva solo. Estamos en deuda unos con otros. Todos hermanos.

En esta perspectiva, quiero decirte que eres necesario para construir, en fraternidad y amistad social, el mundo de mañana: el mundo en el que viviremos —nosotros, y nuestros hijos y nietos— cuando la tormenta se haya calmado. Todos «somos parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas» (ibid., 77). Entre los diversos pilares que deberán sostener esta nueva construcción hay tres que tú, mejor que otros, puedes



ayudar a colocar. Tres pilares: los sueños, la memoria y la oración. La cercanía del Señor dará la fuerza para emprender un nuevo camino incluso a los más frágiles de entre nosotros, por los caminos de los sueños, de la memoria y de la oración.

El profeta Joel pronunció en una ocasión esta promesa: «Sus ancianos tendrán sueños, y sus jóvenes, visiones» (3,1). El futuro del mundo reside en esta alianza entre los jóvenes y los mayores. ¿Quiénes, si no los jóvenes, pueden tomar los sueños de los mayores y llevarlos adelante? Pero para ello es necesario seguir soñando: en nuestros sueños de justicia, de paz y de solidaridad está la posibilidad de que nuestros jóvenes tengan nuevas visiones, y juntos podamos construir el futuro. Es necesario que tú también des testimonio de que es posible salir renovado de una experiencia difícil. Y estoy seguro de que no será la única, porque habrás tenido muchas en tu vida, y has conseguido salir de ellas. Aprende también de aquella experiencia para salir ahora de esta. Los sueños, por eso, están entrelazados con la memoria. Pienso en lo importante que es el doloroso recuerdo de la guerra y en lo mucho que las nuevas generaciones pueden aprender de él sobre el valor de la paz. Y eres tú quien lo transmite, al haber vivido el dolor de las guerras. Recordar es una verdadera misión para toda persona mayor: la memoria, y llevar la memoria a los demás. Edith Bruck, que sobrevivió a la tragedia de la Shoah, dijo que «incluso iluminar una sola conciencia vale el esfuerzo y el dolor de mantener vivo el recuerdo de lo que ha sido —y continúa—. Para mí, la memoria es vivir»³. También pienso en mis abuelos y en los que entre ustedes tuvieron que emigrar y saben lo duro que es dejar el hogar, como hacen todavía hoy tantos en busca de un futuro. Algunos de ellos, tal vez, los tenemos a nuestro lado y nos cuidan. Esta memoria puede ayudar a construir un mundo más humano, más acogedor. Pero sin la memoria no se puede construir; sin cimientos nunca construirás una casa. Nunca. Y los cimientos de la vida son la memoria.

Por último, la oración. Como dijo una vez mi predecesor, el Papa Benedicto, santo anciano que continúa rezando y trabajando por la Iglesia: «La oración

de los ancianos puede proteger al mundo, ayudándole tal vez de manera más incisiva que la solicitud de muchos»⁴. Esto lo dijo casi al final de su pontificado en 2012. Es hermoso. Tu oración es un recurso muy valioso: es un pulmón del que la Iglesia y el mundo no pueden privarse (cf. Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, 262). Sobre todo en este momento difícil para la humanidad, mientras atravesamos, todos en la misma barca, el mar tormentoso de la pandemia, tu intercesión por el mundo y por la Iglesia no es en vano, sino que indica a todos la serena confianza de un lugar de llegada.

Querida abuela, querido abuelo, al concluir este mensaje quisiera señalarte también el ejemplo del beato —y próximamente santo— Carlos de Foucauld. Vivió como eremita en Argelia y en ese contexto periférico dio testimonio de «sus deseos de sentir a cualquier ser humano como un hermano» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 287). Su historia muestra cómo es posible, incluso en la soledad del propio desierto, interceder por los pobres del mundo entero y convertirse verdaderamente en un hermano y una hermana universal.

Pido al Señor que, gracias también a su ejemplo, cada uno de nosotros ensanche su corazón y lo haga sensible a los sufrimientos de los más pequeños, y capaz de interceder por ellos. Que cada uno de nosotros aprenda a repetir a todos, y especialmente a los más jóvenes, esas palabras de consuelo que hoy hemos oído dirigidas a nosotros: «Yo estoy contigo todos los días». Adelante y ánimo. Que el Señor los bendiga.

Roma, San Juan de Letrán, 31 de mayo, fiesta de la Visitación de la B.V. María

FRANCISCO

Notas

¹ El episodio se narra en el Protoevangelio de Santiago.

² Se trata de la imagen elegida como logotipo de la Jornada Mundial de los Abuelos y de las Personas Mayores.

³ Cf. *La memoria è vita, la scrittura è respiro: L'Osservatore Romano* (26 enero 2021).

⁴ Cf. *Visita a la Casa-Familia "Viva los ancianos"* (2 noviembre 2012).

Con decreto de la Penitenciaría Apostólica

Concedida la indulgencia a quien participe en las celebraciones del 25 de julio

Publicamos, a continuación, una traducción del Decreto de la Penitenciaría Apostólica sobre la concesión de la indulgencia con ocasión de la Jornada Mundial de los Abuelos y los Mayores

DECRETO

La Penitenciaría Apostólica, con el fin de aumentar la devoción de los fieles y para la salvación de las almas, en virtud de las facultades que le atribuye el Sumo Pontífice Francisco Papa por la Divina Providencia, escuchando la reciente petición presentada por el Eminentísimo Cardenal de la Santa Iglesia Romana Kevin Joseph Farrell, Prefecto del Dicasterio para los Laicos, la Familia y la Vida, con ocasión de la Primera Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, recientemente instituida por el Sumo Pontífice el cuarto domingo del mes de julio, concede benignamente del tesoro celestial de la Iglesia la Indulgencia Plenaria, en las condiciones habituales (confesión sacramental, comunión eucarística y oración según las intenciones del Sumo Pontífice), a los abuelos, a los mayores y a todos los fieles que, movidos por un verdadero espíritu de penitencia y caridad, participen el 25 de julio de 2021, con motivo de la Primera Jornada Mundial de los Abuelos y los Mayores, en la solemne celebración que presidirá el Santísimo Padre Francisco en la Basílica Papal del Vaticano o en los diversos actos que se realizarán en todo el mundo, que también podrán aplicarlo como sufragio por las almas del Purgatorio. Este Tribunal de la Misericordia concede también este mismo día la Indulgencia Plenaria a los fieles que dedicarán un tiempo adecuado a visitar real o virtualmente a sus hermanos ma-

yores necesitados o en dificultad (como enfermos, abandonados, discapacitados y similares). La Indulgencia Plenaria puede concederse también a los mayores enfermos y a todos aquellos que no pueden salir de casa por un motivo grave, siempre que se abstengan de todo pecado y tengan la intención de cumplir las tres condiciones habituales lo antes posible, se unirán espiritualmente a los actos sagrados de la Jornada Mundial, ofreciendo al Dios Misericordioso sus oraciones, dolores o sufrimientos de su vida, sobre todo mientras las palabras del Sumo Pontífice y las celebraciones se transmiten por televisión y radio, pero también a través de los nuevos medios de comunicación social.

Por ello, para que se facilite el acceso al perdón divino a través de las Llaves de la Iglesia, por caridad pastoral, esta Penitenciaría ruega encarecidamente a los sacerdotes, dotados de las facultades oportunas para oír la confesión, que se pongan a disposición, con espíritu dispuesto y generoso, para la celebración de la Penitencia.

Este decreto es válido para la Primera Jornada Mundial de los Abuelos y de los Mayores, independientemente de cualquier disposición en contrario.

Dado en Roma, en el Palacio de la Penitenciaría Apostólica, el 13 de mayo, en la Ascensión del Señor, en el año de la Encarnación del Señor 2021.

MAURO CARD. PIACENZA
Penitenciario Mayor

KRZYSZTOF NYKIEL
Regente

El Papa a la Conferencia internacional del oit, el organismo de las Naciones Unidas por el mundo del trabajo

Por un trabajo más humano, digno y para todos



«Una reforma a fondo de la economía para restituir dignidad al mundo del empleo, y a los trabajadores en primer lugar, «en un momento crucial de la historia social y económica, que presenta graves y amplios desafíos» tras la pandemia del covid-19. Es lo que deseó el Papa Francisco en el videomensaje con el que el día 17 de junio intervinó en la apertura de la 109ª Conferencia internacional del trabajador, que este año se realiza de forma virtual.

Estimados Representantes de los Gobiernos, de las Organizaciones de empleadores y de trabajadores:

Agradezco al Director General, señor Guy Ryder, quien tan amablemente me ha invitado a presentar este mensaje en la Cumbre sobre el mundo del trabajo. Esta Conferencia se convoca en un momento crucial de la historia social y económica, que presenta graves y amplios desafíos para el mundo entero. En los últimos meses, la Organización Internacional del Trabajo, a través de sus informes periódicos, ha realizado una labor encomiable dedicando especial atención a nuestros hermanos y hermanas más vulnerables.

Durante la persistente crisis, deberíamos seguir ejerciendo un "especial cuidado" del bien común. Muchos de los trastornos posibles y previstos aún no se han manifestado, por lo tanto, se requerirán decisiones cuidadosas. La disminución de las horas de trabajo en los últimos años se ha traducido tanto en pérdidas de empleo como en una reducción de la jornada laboral de los que conservan su trabajo. Muchos servicios públicos, así como empresas, se han enfrentado a tremendas dificultades, algunos corriendo el riesgo de quiebra total o parcial. En todo el mundo, hemos observado una pérdida de empleo sin precedentes en 2020.

Con las prisas de volver a una mayor actividad económica al final de la amenaza del Covid-19, evitemos las pasadas fijaciones en el beneficio, el aislacionismo y el nacionalismo, el consumismo ciego y la negación de las claras evidencias que apuntan a la discriminación de nuestros hermanos y hermanas "de-sechables" en nuestra sociedad. Por el contrario, busquemos soluciones que nos ayuden a construir un nuevo futuro del trabajo fundado en condiciones laborales decentes y dignas, que provenga de una negociación colectiva, y que promueva el bien común, una base que hará del trabajo un componente esencial de nuestro cuidado de la sociedad y de la creación. En ese sentido, el trabajo es verdadera y esen-

cialmente humano. De esto se trata, que sea humano. Recordando el papel fundamental que desempeñan esta Organización y esta Conferencia como lugares privilegiados para el diálogo constructivo, estamos llamados a dar prioridad a nuestra respuesta hacia los trabajadores que se encuentran en los márgenes del mundo del trabajo y que todavía se ven afectados por la pandemia del Covid-19: los trabajadores poco cualificados, los jornaleros, los del sector informal, los trabajadores migrantes y refugiados, los que realizan lo que se suele denominar el "trabajo de las tres dimensiones": peligroso, sucio y degradante, y así podemos seguir la lista.

Muchos migrantes y trabajadores vulnerables junto con sus familias, normalmente quedan excluidos del acceso a programas nacionales de promoción de la salud, prevención de enfermedades, tratamiento y atención, así como de los planes de protección financiera y de los servicios psicosociales. Es uno de los tantos casos de esta filosofía del descarte que nos hemos habituado a imponer en nuestras sociedades. Esta exclusión complica la detección temprana, la realización de pruebas, el diagnóstico, el rastreo de contactos y la búsqueda de atención médica por el Covid-19 para los refugiados y los migrantes y, por lo tanto, aumenta el riesgo de que se produzcan brotes entre esas poblaciones. Dichos brotes pueden no ser controlados o incluso ocultarse activamente, lo que constituye una amenaza adicional a la salud pública¹.

La falta de medidas de protección social frente al impacto del Covid-19 ha provocado un aumento de la pobreza, el desempleo, el subempleo, el incremento de la informalidad del trabajo, el retraso en la incorporación de los jóvenes al mercado laboral, que esto es muy grave, el aumento del trabajo infantil, más grave aún, la vulnerabilidad al tráfico de personas, la inseguridad alimentaria y una mayor exposición a la infección entre poblaciones como los enfermos y los ancianos. En este sentido, agradezco esta oportunidad para plantear algunas preocupaciones y observaciones clave.

En primer lugar, es misión esencial de la Iglesia apelar a todos a trabajar conjuntamente, con los gobiernos, las organizaciones multilaterales y la sociedad civil, para servir y cuidar el bien común y garantizar la participación de todos en este empeño. Nadie debería ser dejado de lado en un diálogo por el bien co-

mún, cuyo objetivo es, sobre todo, construir, consolidar la paz y la confianza entre todos. Los más vulnerables –los jóvenes, los migrantes, las comunidades indígenas, los pobres– no pueden ser dejados de lado en un diálogo que también debería reunir a gobiernos, empresarios y trabajadores. También es esencial que todas las confesiones y comunidades religiosas se comprometan juntas. La Iglesia tiene una larga experiencia en la participación en estos diálogos a través de sus comunidades locales, movimientos populares y organizaciones, y se ofrece al mundo como constructora de puentes para ayudar a crear las condiciones de este diálogo o, cuando sea apropiado, ayudar a facilitarlo. Estos diálogos por el bien común son esenciales para realizar un futuro solidario y sostenible de nuestra casa común y deberían tener lugar tanto a nivel comunitario como nacional e internacional. Y una de las características del verdadero diálogo es que quienes dialogan estén en el mismo nivel de derechos y deberes. No uno que tenga menos derechos o más derechos dialoga con uno que no los tiene. El mismo nivel de derechos y deberes garantiza así un diálogo serio.

En segundo lugar, también es esencial para la misión de la Iglesia garantizar que todos obtengan la protección que necesitan según sus vulnerabilidades: enfermedad, edad, discapacidades, desplazamiento, marginación o dependencia. Los sistemas de protección social, que a su vez se están enfrentando a importantes riesgos, necesitan ser apoyados y ampliados para asegurar el acceso a los servicios sanitarios, a la alimentación y a las necesidades humanas básicas. En tiempos de emergencia, como la pandemia de Covid-19, se requieren medidas especiales de asistencia. Una atención especial a la prestación integral y eficaz de asistencia a través de los servicios públicos también es importante. Los sistemas de protección social han sido llamados a afrontar muchos de los desafíos de la crisis, al mismo tiempo que sus puntos débiles se han hecho más evidentes. Por último, debe garantizarse la protección de los trabajadores y de los más vulnerables mediante el respeto de sus derechos esenciales, incluido el derecho de la sindicalización. O sea, sindicarse es un derecho. La crisis del Covid ya ha afectado a los más vulnerables y ellos no deberían verse afectados negativamente por las medidas para acelerar una recuperación que se centra

únicamente en los marcadores económicos. O sea, aquí hace también falta una reforma del modo económico, una reforma a fondo de la economía. El modo de llevar adelante la economía tiene que ser diverso, también tiene que cambiar.

En este momento de reflexión, en el que tratamos de modelar nuestra acción futura y de dar forma a una agenda internacional post Covid-19, deberíamos prestar especial atención al peligro real de olvidar a los que han quedado atrás. Corren el riesgo de ser atacados por un virus peor aún del Covid-19: el de la indiferencia egoísta. O sea, una sociedad no puede progresar descartando, no puede progresar. Este virus se propaga al pensar que la vida es mejor si es mejor para mí, y que todo estará bien si está bien para mí, y así se comienza y se termina seleccionando a una persona en lugar de otra, descartando a los pobres, sacrificando a los dejados atrás en el llamado "altar del progreso". Y es toda una dinámica elitaria, de constitución de nuevas élites a costa del descarte de mucha gente y de muchos pueblos. Mirando al futuro, es fundamental que la Iglesia, y por tanto la acción de la Santa Sede con la Organización Internacional del Trabajo, apoye medidas que corrijan situaciones injustas o incorrectas que afectan a las relaciones laborales, haciéndolas completamente subyugadas a la idea de "exclusión", o violando los derechos fundamentales de los trabajadores. Una amenaza la constituyen las teorías que consideran el beneficio y el consumo como elementos independientes o como variables autónomas de la vida económica, excluyendo a los trabajadores y determinando su desequilibrado estándar de vida: «Hoy todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida» (*Evangelii gaudium*, n. 53). La actual pandemia nos ha recordado que no hay diferencias ni fronteras entre los que sufren. Todos somos frágiles y, al mismo tiempo, todos de gran valor. Ojalá nos estremezca profundamente lo que está ocurriendo a nuestro alrededor. Ha llegado el momento de eliminar las desigualdades, de curar la injusticia que está minando la salud de toda la familia humana. De frente a la Agenda de la Organización Internacional del Trabajo, debemos continuar como ya lo hicimos en 1931, cuando el Papa Pío XI, a raíz de la crisis de *Wall Street* y en medio de la "Gran Depresión", denunció la asimetría entre trabajadores y empresarios como una flagrante injusticia que concedía al capital mano libre y disponibilidad. Decía así: «Durante mucho tiempo, en efecto, las riquezas o "capital" se atribuyeron demasiado a sí mismos. El capital reivindicaba para sí todo el rendimiento, la totalidad del producto, dejando al trabajador apenas lo necesario para reparar y restituir sus fuerzas» (*Quadragesimo anno*, n. 54). Incluso en esas circunstancias, la Iglesia promovió la posición de que la cantidad de remuneración por el trabajo realizado no sólo debe estar desti-

nada a la satisfacción de las necesidades inmediatas y actuales de los trabajadores, sino también a abrir la capacidad de los trabajadores para salvaguardar los ahorros futuros de sus familias o las inversiones capaces de garantizar un margen de seguridad para el futuro.

Así pues, desde la primera sesión de la Conferencia Internacional, la Santa Sede apoya una regulación uniforme aplicable al trabajo en todos sus diferentes aspectos, como garantía para los trabajadores². Su convicción es que el trabajo, y por lo tanto los trabajadores, pueden contar con garantías, apoyo y potenciación si se les protege del "juego" de la desregulación. Además, las normas jurídicas deben ser orientadas hacia la expansión del empleo, el trabajo decente y los derechos y deberes de la persona humana. Todos ellos son medios necesarios para su bienestar, para el desarrollo humano integral y para el bien común.

La Iglesia católica y la Organización Internacional del Trabajo, respondiendo a sus diferentes naturalezas y funciones, pueden seguir aplicando sus respectivas estrategias, pero también pueden seguir aprovechando las oportunidades que se presentan para colaborar en una amplia variedad de acciones relevantes. Para promover esta acción común, es necesario entender correctamente el trabajo. El primer elemento para dicha comprensión nos llama a focalizar la atención necesaria en todas las formas de trabajo, incluyendo las formas de empleo no estándar. El trabajo va más allá de lo que tradicionalmente se ha conocido como "empleo formal", y el Programa de Trabajo Decente debe incluir todas las formas de trabajo. La falta de protección social de los trabajadores de la economía informal y de sus familias los vuelve particularmente vulnerables a los choques, ya que no pueden contar con la protección que ofrecen los seguros sociales o los regímenes de asistencia social orientados a la pobreza. Las mujeres de la economía informal, incluidas las vendedoras ambulantes y las trabajadoras domésticas, sienten el impacto del Covid-19 bajo muchos aspectos: desde el aislamiento hasta la exposición extrema a riesgos para la salud. Al no disponer de guarderías accesibles, los hijos de estas trabajadoras están expuestos a un mayor riesgo para la salud, ya que las mujeres tienen que llevarlos a los lugares de trabajo o los dejan sin protección en sus hogares³. Por lo tanto, es muy necesario garantizar que la asistencia social llegue a la economía informal y preste especial atención a las necesidades particulares de las mujeres y de las niñas.

La pandemia nos recuerda que muchas mujeres de todo el mundo siguen llorando por la libertad, la justicia y la igualdad entre todas las personas humanas: «aunque hubo notables mejoras en el reconocimiento de los derechos de la mujer y en su participación en el espacio público, todavía hay mucho que avanzar en algunos países. No se terminan de erradicar costumbres inaceptables, destaco la vergonzosa violencia que a veces se ejerce sobre las mujeres, el maltrato familiar y distintas

formas de esclavitud [...] Pienso en [...] la desigualdad del acceso a puestos de trabajo dignos y a los lugares donde se toman las decisiones» (*Amoris laetitia*, n. 54).

El segundo elemento para una correcta comprensión del trabajo: si el trabajo es una relación, entonces tiene que incorporar la dimensión del cuidado, porque ninguna relación puede sobrevivir sin cuidado. Aquí no nos referimos sólo al trabajo de cuidados: la pandemia nos recuerda su importancia fundamental, que quizá hayamos desatendido. El cuidado va más allá, debe ser una dimensión de todo trabajo. Un trabajo que no cuida, que destruye la creación, que pone en peligro la supervivencia de las generaciones futuras, no es respetuoso con la dignidad de los trabajadores y no puede considerarse decente. Por el contrario, un trabajo que cuida, contribuye a la restauración de la plena dignidad humana, contribuirá a asegurar un futuro sostenible a las generaciones futuras [4]. Y en esta dimensión del cuidado entran, en primer lugar, los trabajadores. O sea, una pregunta que podemos hacernos en lo cotidiano: ¿cómo una empresa, imaginemos, cuida a sus trabajadores?

Además de una correcta comprensión del trabajo, salir en mejores condiciones de la crisis actual requerirá el desarrollo de una cultura de la solidaridad, para contrastar con la cultura del descarte que está en la raíz de la desigualdad y que aflige al mundo. Para lograr este objetivo, habrá que valorar la aportación de todas aquellas culturas, como la indígena, la popular, que a menudo se consideran marginales, pero que mantienen viva la práctica de la solidaridad, que «expresa mucho más que algunos actos de generosidad esporádicos». Cada pueblo tiene su cultura, y creo que es el momento de liberarnos definitivamente de la herencia de la Ilustración, que llevaba la palabra cultura a un cierto tipo de formación intelectual o de pertenencia social. Cada pueblo tiene su cultura y debemos asumirla como es. «Es pensar y actuar en términos de comunidad, de prioridad de la vida de todos sobre la apropiación de los bienes por parte de algunos. También es luchar contra las causas estructurales de la pobreza, la desigualdad, la falta de trabajo, de tierra y de vivienda, la negación de los derechos sociales y laborales. Es enfrentar los destructores efectos del Imperio del dinero. [...] La solidaridad, entendida en su sentido más hondo, es un modo de hacer historia y eso es lo que hacen los movimientos populares» (*Fratelli tutti*, n. 116).

Con estas palabras me dirijo a Ustedes, participantes de la 109ª Conferencia Internacional del Trabajo, porque como actores institucionalizados del mundo del trabajo, tienen una gran oportunidad de influir en los procesos de cambio ya en marcha. Su responsabilidad es grande, pero aún es más grande el bien que pueden lograr. Por tanto, los invito a responder al desafío al que nos enfrentamos. Los actores establecidos pueden contar con el legado de su historia, que sigue siendo un recurso



LORENA PACHO

Si en América Latina se mantiene, como hasta ahora, el lento ritmo actual de vacunación, superar la pandemia podría llevar años, tal y como ha advertido la Organización Panamericana de la Salud (OPS). “Hoy estamos viendo el surgimiento de dos mundos: uno que vuelve rápidamente a la normalidad y otro en el que la recuperación sigue estando en el futuro lejano”, ha alertado la directora de este organismo, Carissa F. Etienne. Los planes de vacunación en el continente continúan siendo el reflejo de la desigualdad en América Latina, una región en la que la pandemia ha golpeado particularmente a los más marginados y ha agudizado las disparidades ya existentes. Mientras que Estados Unidos ha vacunado completamente a más del 40% de su población, el ritmo es mucho más lento en el sur. Algunos países, como Bolivia, Ecuador y Perú, sólo han inmunizado al 3% de su población y otros como Guatemala, Trinidad y Tobago y Honduras, ni siquiera al 1%. En total, menos de 3 millones de personas han completado la pauta de vacunación en el Caribe y en Centroamérica son sólo 2 millones. “Desgraciadamente, el suministro de vacunas se concentra en pocos países mientras la mayor parte del mundo espera que se distribuyan las dosis. Aunque las vacunas contra la covid-19 son nuevas, esta historia no lo es: la desigualdad ha dictado con demasiada frecuencia quién tiene derecho a la salud”, ha señalado la OPS.

Solo una de cada diez personas se ha vacunado

De media, en América Latina y el Caribe, donde viven más de 600 millones de personas, solo se ha vacunado contra el covid-19 una de cada diez personas. En la región los hospitales están llenos y las variantes circulan con rapidez y en las últimas semanas, cuatro de los cinco países que han registrado mayor número de muertes semanales en el mundo se ubicaron en esta zona del planeta. Ante esta situación, descrita por la Organización Panamericana de la Salud (OPS) las vacunas se necesitan “con urgencia”, en palabras de la directora de este organismo, Carissa F. Etienne. La dirigente ha pedido, además, que se dé prioridad a la región a la hora de repartir las vacunas, tras el anuncio de los países del Grupo de los 7 (G7), los que tienen mayores rentas, de donar mil millones de dosis a los países que las requieren. “Los países que

más están sufriendo deben estar al frente de la fila”, señaló Etienne la semana pasada. Y subrayó que aún no se han recibido inyecciones suficientes ni siquiera para proteger a los más vulnerables. También destacó la elevada aceptación de las vacunas entre la población y la confianza en el poder de las vacunas para salvar vidas en América Latina y el Caribe. “Las personas están ansiosas por tener la oportunidad de vacunarse”, apuntó. La OPS también ha pedido apoyo financiero para la región para obtener suministros de material sanitario y para aumentar su propia capacidad de producir vacunas. La Organización Panamericana de la Salud ha alertado de que si las tendencias actuales continúan, las disparidades de salud, sociales y económicas en la región aumentarán aún más, y retrasarán notablemente la salida de la pandemia.

Saturaciones en los hospitales y las tasas de fallecimientos más altas del mundo

La elevada circulación del virus está saturando hospitales en Bolivia, Chile y Uruguay, donde la mayoría de los pacientes son personas jóvenes de entre 25 y 40 años. En la ciudad brasileña de Sao Paulo, el 80% de las camas de las unidades de cuidados intensivos (UCI) están ocupadas por pacientes con covid-19. Las grandes áreas metropolitanas de Colombia también registran una ocupación muy elevada de camas de UCI. Según un informe reciente elaborado por el *The Wall Street Journal*, de los 10 países con más alta tasa de fallecimientos diarios por la acción del coronavirus 7 están en la región de América Latina y el Caribe, donde se han registrado cerca de un millón de fallecimientos, más de un cuarto de los que se han producido en todo el mundo. Atendiendo a los datos del diario estadounidense, la tasa de decesos diarios en Sudamérica excede ocho veces a la mundial. En Brasil, la situación es particularmente preocupante. El país, que ha contabilizado casi 18 millones de contagios desde el inicio de la pandemia, superó este domingo la cifra de los 500.000 fallecidos a causa del covid-19 y según las estadísticas, mueren cerca de 2.000 personas por día. Por otro lado, en Argentina y Colombia, que en conjunto suman cerca de 95 millones de habitantes, fallecen a causa del coronavirus diariamente el triple de personas que en toda África. Argentina, que recién

temente ha reforzado las restricciones tras un marcado repunte de los contagios, registró la semana pasada un promedio diario de 529 muertes. Y Colombia, donde ya se ha rebasado la cifra de los 100.000 fallecimientos, contabilizó una trágica media de 594 decesos diarios, según la Universidad Johns Hopkins, que realiza un exhaustivo seguimiento de la pandemia en la región. Paraguay, con unos 7 millones de habitantes, y que ha registrado 406.220 casos y 11.633 fallecimientos por el coronavirus, ha contabilizado casi veinte veces más muertes ‘per cápita’ diariamente que Estados Unidos, según el *The Wall Street Journal*.

La Iglesia que rema junto a los más afectados

La ayuda de la Iglesia y las organizaciones religiosas para paliar los estragos de la pandemia, especialmente en las poblaciones más vulnerables ha sido fundamental en algunos lugares. En Argentina, Cáritas desplegó un enorme mecanismo solidario desde el inicio de la pandemia y solo el año pasado llegó con su ayuda a 3,2 millones de personas. En total, según ha dado a conocer la institución el mes pasado, repartió en los meses más críticos más de 10.400.000 kg. de alimentos, entre otras acciones, que incluyen programas relacionados con la educación, primera infancia, abordaje de

las adiciones, economía social y solidaria, vivienda, desarrollo institucional y otros programas diocesanos.

El presidente del episcopado argentino, monseñor Oscar Ojea, ha recordado las reflexiones del Papa Francisco durante la pandemia en las que señalaba que el virus ha puesto al descubierto nuestra vulnerabilidad y necesidad de consuelo y ha llamado a remar juntos en medio de la confusión. “Es una situación que debe llevarnos a reflexionar sobre los caminos de futuro, pues allí van a empezar todos los replanteos que tenemos que hacernos luego de esta pandemia, las enseñanzas que nos deja esta pandemia”, ha dicho.

En Ecuador, donde unos 3 millones de personas se han vacunado con al menos una dosis y en torno a un millón de ciudadanos han recibido la pauta completa de inmunización, los obispos se han sumado a las campañas que promocionan el proceso de vacunación contra el covid-19 en el país y han señalado que las vacunas son un signo de esperanza para superar la crisis social y económica desatada por la pandemia. Lo consideran un gran esfuerzo digno de gratitud y felicitación, por lo cual consideran que los ciudadanos deben tener presente que la vacuna salva vidas. Siguiendo esta línea y recordando las palabras del Pontífice en las que reafirma la necesidad de vacunarse, los prelados ecuatorianos han invitado a la ciudadada-

nia a acudir a los lugares asignados para recibir las inyecciones, cuyo beneficio es personal y social. “Vemos una luz de salida a esta crisis a través del proceso de vacunación que se lleva a cabo en el mundo entero y también en nuestro país”, han afirmado. Y han recordado que el mundo entero viene enfrentando una gran crisis ocasionada por la pandemia del Covid19, “la misma que ha dejado dolor, lágrimas, muertes y sufrimiento; asegurando que no hay familia que no haya sufrido en carne propia los efectos de este mortal virus, por lo que es necesario vacunarse”. En Honduras, el Cardenal Oscar Rodríguez Maradiaga, arzobispo de Tegucigalpa, ha demandado celeridad en el proceso de vacunación. “No podemos decir la postpandemia, cuándo vendrán las vacunas, cuándo podremos estar vacunados, cuándo dejaremos las medidas de bioseguridad y ciertamente a veces puede tambalear nuestra fe”, ha señalado el purpurado. También en Bolivia, inmersa en una tercera ola más agresiva, y que no está recibiendo suficientes dosis para continuar con la campaña de inmunización, la Iglesia local ha pedido al Gobierno que se garantice la vacunación. “Esperamos que las autoridades regionales y nacionales puedan colaborar para que las vacunas lleguen lo antes posible, si el 70% de la población no está vacunada aún corremos el riesgo de no afrontar correctamente la pan-

demia. Esperamos que las vacunas lleguen a la mayoría de la población”, ha señalado el presidente de la Conferencia Episcopal de Bolivia, el arzobispo de Sucre, Ricardo Centellas Guzmán.

En Brasil, varios organismos, entre ellos, la Conferencia Episcopal, se han unido para crear el “Pacto por la vida y por Brasil” y han expresado su solidaridad con las miles de familias afectadas por la pérdida de sus seres queridos, y su indignación por las manifestaciones contra las restricciones recomendadas por las autoridades sanitarias. “Es incomprensible, especialmente por parte del Presidente de la República, en el ejercicio de sus funciones constitucionales, la promoción de aglomeraciones con objetivos ideológico-políticos, estimulando conductas sociales de riesgo epidemiológico. Estas actitudes son un ataque a la vida y a los valores democráticos”, han señalado. Y también han denunciado “la falsa oposición entre salvar vidas y salvar la economía”. “La población sufre la falta de vacunas, cuya compra ha sido sistemáticamente descuidada por los organismos oficiales, al igual que la falta de empleo y perspectivas. La concentración de la renta, una de las mayores del mundo, sigue su curso, mientras el hambre se instala en millones de hogares. La ayuda de emergencia necesaria sirve como paliativo, nunca como solución”, han apuntado en un comunicado.

La desigualdad en vacunación aflige a América Latina

Por un trabajo más humano, digno y para todos

VIENE DE LA PÁGINA 5

de importancia fundamental, pero en esta fase histórica están llamados a permanecer abiertos al dinamismo de la sociedad y a promover la aparición e inclusión de actores menos tradicionales y más marginales, portadores de impulsos alternativos e innovadores.

Pido a los dirigentes políticos y a quienes trabajan en los gobiernos que se inspiren siempre en esa forma de amor que es la caridad política: «un acto de caridad igualmente indispensable [es] el esfuerzo dirigido a organizar y estructurar la sociedad de modo que el prójimo no tenga que padecer la miseria». Es caridad acompañar a una persona que sufre, y también es caridad todo lo que se realiza, aún sin tener contacto directo con esa persona, para modificar las condiciones sociales que provocan su sufrimiento. Si alguien ayuda a un anciano a cruzar un río, y eso es exquisita caridad, el político le construye un puente, y eso también es caridad. Si alguien ayuda a otro con comida, el político le crea una fuente de trabajo, y ejercita un modo altísimo de la caridad que ennoblece su acción política» (*Fratelli tutti*, n. 186).

Recuerdo a los empresarios su verdadera vocación: producir riqueza al servicio de todos. La actividad empresarial es esencialmente «una noble vocación orientada a producir riqueza y a mejorar el mundo para todos. Dios nos promueve, espera que desarrollemos las capacidades que nos dio y llenó el universo de potencialidades. En sus designios cada hombre está llamado a promover su propio progreso, y esto incluye fomentar las capacidades económicas y tecnológicas para hacer crecer los bienes y aumentar la riqueza. Pero en todo caso estas capacidades de los empresarios, que son un don de Dios, tendrían que orientarse claramente al desarrollo de las demás

personas y a la superación de la miseria, especialmente a través de la creación de fuentes de trabajo diversificadas. Siempre, junto al derecho de propiedad privada, está el más importante y anterior principio de la subordinación de toda propiedad privada al destino universal de los bienes de la tierra y, por tanto, el derecho de todos a su uso» (*Fratelli tutti*, n. 123). A veces, al hablar de propiedad privada olvidamos que es un derecho secundario, que depende de este derecho primario, que es el destino universal de los bienes.

Invito a los sindicalistas y a los dirigentes de las asociaciones de trabajadores a que no se dejen encerrar en una “camisa de fuerza”, a que se enfoquen en las situaciones concretas de los barrios y de las comunidades en las que actúan, planteando al mismo tiempo cuestiones relacionadas con las políticas económicas más amplias y las “macro-relaciones”⁵. También en esta fase histórica, el movimiento sindical enfrenta dos desafíos trascendentales: el primero es la profecía, y está relacionada con la propia naturaleza de los sindicatos, su vocación más genuina. Los sindicatos son una expresión del perfil profético de la sociedad. Los sindicatos nacen y renacen cada vez que, como los profetas bíblicos, dan voz a los que no la tienen, denuncian a los que “venderían al pobre por un par de chanquetas”, como dice el profeta (cf. *Amós* 2,6), desnudan a los poderosos que pisotean los derechos de los trabajadores más vulnerables, defienden la causa de los extranjeros, de los últimos y de los rechazados. Claro, cuando un sindicato se corrompe, ya esto no lo puede hacer, y se transforma en un estatus de pseudo patronos, también distanciados del pueblo.

El segundo desafío: la innovación. Los profetas son centinelas que vigilan desde su puesto de observación. También los sindicatos deben vigilar los muros de la ciu-

dad del trabajo, como un guardia que vigila y protege a los que están dentro de la ciudad del trabajo, pero que también vigila y protege a los que están fuera de los muros. Los sindicatos no cumplen su función esencial de innovación social si vigilan sólo a los jubilados. Esto debe hacerse, pero es la mitad de vuestro trabajo. Su vocación es también proteger a los que todavía no tienen derechos, a los que están excluidos del trabajo y que también están excluidos de los derechos y de la democracia⁶.

Estimados participantes en los procesos tripartitos de la Organización Internacional del Trabajo y de esta Conferencia Internacional del Trabajo: la Iglesia los apoya, camina a su lado. La Iglesia pone a disposición sus recursos, empezando por sus recursos espirituales y su Doctrina Social. La pandemia nos ha enseñado que todos estamos en el mismo barco y que sólo juntos podremos salir de la crisis. Muchas gracias.

[1] Cf. “Preparedness, prevention, and control of coronavirus disease (Covid-19) for refugees and migrants in non-camp settings”, *Interim Guidance, World Health Organization*, 17 abril 2020, [https://www.who.int/publications-detail/preparedness-prevention-and-control-of-coronavirus-disease-\(covid-19\)-for-refugees-and-migrants-in-non-camp-settings](https://www.who.int/publications-detail/preparedness-prevention-and-control-of-coronavirus-disease-(covid-19)-for-refugees-and-migrants-in-non-camp-settings).
[2] Cf. Carta *Noi rendiamo grazie* del Papa León XIII a Su Majestad Guillermo II, 14 marzo 1890.

[3] Cf. https://www.wiego.org/sites/default/files/resources/file/Impact_on_livelihoods_COVID-19_final_EN_1.pdf

[4] Cf. *Care is work, work is care, Report of “The future of work, labour after laudato Si project”*, <https://futureofwork-labourafterlaudato-si.net/>.

[5] Cf. *A los participantes en el Encuentro Mundial de Movimientos Populares*, 5 noviembre 2016.

[6] Cf. *A la Confederación Italiana de Sindicatos de Trabajadores (CISL)*, 28 junio 2017.

El cardenal arcipreste explica las recientes normas sobre las misas matutinas en la Basílica Sentido de la concelebración en San Pedro y excepciones

Una nota útil para comprender las últimas disposiciones sobre las misas celebradas en la franja matutina en la Basílica Vaticana: la ha escrito el cardenal Mauro Gambetti, arcipreste de San Pedro, que ofrece algunas consideraciones sobre el comunicado de la Secretaría de Estado del pasado 12 de marzo dirigido a asegurar que las celebraciones "se desarrollen en un clima de recogimiento y decoro litúrgico".

Habiendo recibido del Santo Padre el mandato de cuidar y animar la vida litúrgica de la basílica de San Pedro, a partir del comunicado de la Secretaría de Estado del 12 de marzo de 2021, quisiera proponer algunas consideraciones que espero sean útiles para comprender las orientaciones trazadas y para elegir cómo y cuándo vivir la celebración eucarística en la primera franja de la mañana.

El comunicado de la Secretaría de Estado ha dado algunas disposiciones sobre la celebración de las santas misas en la basílica de San Pedro, con la intención de que "se desarrollen en un ambiente de recogimiento y decoro litúrgico". Las indicaciones se refieren a un contexto preciso, es decir, a la organización de las acciones litúrgicas en la franja horaria entre las 7 y las 9 de la mañana.

En esencia, se inspiran en dos principios:

a) ordenar las celebraciones desde el punto de vista de su escansión temporal y su calidad.

b) acoger e integrar los deseos particulares y legítimos de los fieles, en la medida de lo posible.

De hecho, el contenido de las declaraciones propuestas por la Secretaría de Estado puede resumirse como sigue:

a) Entre las 7 y las 9 de la mañana, los sacerdotes podrán concelebrar en una de las misas horarias en los lugares designados; la animación litúrgica prevé la ayuda de los monaguillos.

b) se admiten excepciones en cuanto a los lugares de celebración -con motivo de la memoria de un santo cuyos restos se conservan en la basílica- y a la realización simultánea de determinadas celebraciones para grupos de peregrinos o en la forma extraordinaria del rito romano.

Para facilitar la lectura, he redactado estas notas siguiendo los dos puntos mencionados anteriormente.

A. Concelebraciones de 7 a 9 de la mañana

El modo de ordenar las celebraciones matutinas previsto por el comunicado de la Secretaría de Estado brinda la oportunidad de llamar la atención sobre el significado y el valor de la concelebración eucarística que, como recordaron los Padres en el último Concilio, forma parte de la Tradición de la Iglesia: "La concelebración, en la cual se manifiesta apropiadamente la unidad del sacerdocio, se ha practicado hasta ahora en la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente." (SC57). Por ello, el Concilio Vaticano II, en su Constitución sobre la Sagrada Liturgia, amplió la facultad de los presbíteros de concelebrar, y algunos documentos magisteriales han precisado posteriormente las normas[1]. En este sentido, puede ser útil recordar algunos casos en los que el Magisterio recomienda la concelebración, como por ejemplo en la misa principal de una iglesia o en las misas con ocasión de reuniones de sacerdotes, ya sean seculares o religiosas, cualquiera que sea su carácter (cf. SC 57; *Ordenamiento General del Misal Romano* 199). Por otra parte, la naturaleza misma de la celebración está claramente de-

finida en la Sacrosanctum Concilium, donde se tratan las Normas que se derivan de la naturaleza jerárquica y comunitaria de la liturgia: "Las acciones litúrgicas no son acciones privadas, sino celebraciones de la Iglesia, que es "sacramento de unidad", es decir, pueblo santo congregado y ordenado bajo la dirección de los Obispos... Por eso pertenecen a todo el cuerpo de la Iglesia, influyen en él y lo manifiestan [...]. Siempre que los ritos, cada cual según su naturaleza propia, admitan una celebración comunitaria, con asistencia y participación activa de los fieles, inclúyese que hay que preferirla, en cuanto sea posible, a una celebración individual y casi privada. Esto vale, sobre todo, para la celebración de la Misa, quedando siempre a salvo la naturaleza pública y social de toda Misa, y para la administración de los Sacramentos"



(SC26-27).

Por eso, la asamblea reunida para la Eucaristía manifiesta plenamente el misterio de la Iglesia, Cuerpo vivo de Cristo. Esto lo recuerda la *Lumen Gentium*[2] cuando trata del sacerdocio común ejercido en los sacramentos, y también lo recuerda claramente el Catecismo de la Iglesia Católica, que afirma que es toda la comunidad, el Cuerpo de Cristo unido a su Cabeza, la que celebra (n. 1140). En esta perspectiva, se comprende cómo el mayor fruto de la Eucaristía se obtenga de la participación en la misma acción, porque expresa mejor el misterio que se celebra[3].

Es evidente que todos los que componen la asamblea reunida para la Eucaristía participan en el único sacrificio y sacerdocio de Cristo, cada uno según su propio estado y condición de vida: obispo, presbítero, diácono, bautizado, casado, religioso. En la misa concelebrada por varios presbíteros no se disminuye el valor y los frutos del sacrificio eucarístico, sino que se exaltan plenamente.

Un primer elemento de discernimiento, en nuestro contexto, es, por tanto, éste: cuando es posible, es más que oportuno que los presbíteros concelebraren, dado también que está prevista una alternancia regular de la presidencia para las concelebraciones que tienen lugar ordinariamente en la basílica de San Pedro. Lo mismo ocurre con los fieles individuales y los grupos, que son invitados a participar en la misma misa para que sea expresión de fraternidad y no de particularismos que no refle-

jan el sentido de comunión eclesial que manifiesta la celebración eucarística[4].

B. Las excepciones

El Magisterio enseña que las excepciones a las situaciones en las que se recomienda la concelebración son aquellos casos en los que el beneficio de los fieles no exige ni aconseja lo contrario[5].

En este sentido, no debe subestimarse la importancia de la comprensión del idioma en la liturgia en orden a la caridad (cf. 1 Cor 14) y el valor pastoral que puede tener la celebración de la Eucaristía para un grupo de peregrinos, de acuerdo con los ritos existentes en la Iglesia Católica.

A estas consideraciones se añaden algunos elementos de la realidad que caracteriza a la Basílica y que hay que tener debidamente en cuenta:

– las dimensiones de la basílica de San Pedro y su arquitectura permiten responder a las diferentes necesidades de quienes desean celebrar la Eucaristía en grupo sin superponerse a la concelebración que tiene lugar en los principales lugares litúrgicos.

– la basílica de San Pedro se caracteriza por el ministerio petrino de la unidad, la misericordia y la ortodoxia de la fe y acoge a peregrinos de todo el mundo.

– en la franja horaria entre las 7 y las 9 horas, la asistencia a la basílica es numéricamente limitada.

– para las celebraciones con el *Misale Romanum* de 1962 hay que hacer todo lo posible para cumplir los deseos de los fieles y de los sacerdotes, tal como prevé el *Motu Proprio Summorum Pontificum*.

Por otra parte, sin restar en absoluto legitimidad a la celebración de la misa por parte de los sacerdotes de forma individual aunque los fieles no puedan participar,[6] es necesario reconocer el carácter dirimente de la norma que prohíbe celebrar "individualmente [...] mientras se está concelebrando en la misma iglesia u oratorio." [7]

Por lo tanto, ya he dado disposiciones para que se concedan, en la medida de lo posible, las solicitudes de celebración en la franja horaria de 7 a 9 de la mañana por parte de grupos con necesidades especiales y legítimas. Las peticiones de celebraciones individuales también pueden ser discernidas caso por caso, sin perjuicio del principio de que todo se de-

sarrolle en un ambiente de recogimiento y decoro, y velando para que lo excepcional no se convierta en ordinario, tergiversando las intenciones y el sentido del Magisterio.

De este modo, confío en que el camino emprendido anime a cada sacerdote y a cada fiel a vivir las celebraciones en San Pedro de un modo cada vez más ordenado a la bondad, la belleza y la verdad.

Ciudad del Vaticano, 22 de junio de 2021.

MAURO. CARD. GAMBETTI
Arcipreste de la basílica Papal de San Pedro

1] Cf. por ejemplo: Ordenamiento General del Misal Romano; Declaración sobre la Concelebración de la Sagrada Congregación para el Culto Divino, 7 de agosto de 1972; CIC 902.

2] "[Los fieles] participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella. Y así, sea por la oblación o sea por la sagrada comunión, todos tienen en la celebración litúrgica una parte propia, no confusamente, sino cada uno de modo distinto. Más aún, confortados con el cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística, muestran de un modo concreto la unidad del Pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento." (LG 11).

3] En su contribución *Sacrificio, sacramento y sacerdocio en el desarrollo de la Iglesia* (en *Anunciadores de la Palabra* y *Servidores de vuestra alegría*, LEV, 2013), Joseph Ratzinger se expresa así: "El verdadero lugar de la existencia de la Iglesia no es una burocracia, ni siquiera la actividad de un grupo que pretende ser la "base", sino la "asamblea". Es la Iglesia en acción [...]. Más exactamente: el contenido de la asamblea es la recepción de la palabra de Dios, que culmina en el memorial de la muerte de Jesús, en un memorial que realiza su presencia y significa misión. De ello se desprende que toda asamblea es enteramente Iglesia, ya que el cuerpo del Señor no puede dejar de ser todo cada vez y la palabra de Dios a su vez no puede dejar de ser todo. Pero, al mismo tiempo, se deduce que la asamblea individual, la comunidad individual, sólo sigue siendo Iglesia si está en el conjunto, en unidad con las demás" (p. 82).

4] Sobre la bondad de la concelebración de la Eucaristía es esclarecedor lo que se indica, para los Santuarios, en el n. 268 del Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones, Ciudad del Vaticano 2002.

5] Cf. SC 57; Ordenamiento General del Misal Romano 199; CIC 902.

6] Cuando la participación de los fieles no es posible, se recomienda, sin embargo, la celebración diaria de la misa para los sacerdotes. Así lo enseña el Concilio en el decreto *Presbyterorum Ordinis*: "En el misterio del Sacrificio Eucarístico, en que los sacerdotes desempeñan su función principal, se realiza continuamente la obra de nuestra redención[105], y, por tanto, se recomienda con todas las veras su celebración diaria, la cual, aunque no pueda obtenerse la presencia de los fieles, es una acción de Cristo y de la Iglesia" (n. 13).

[7] CIC 902.

La visita al Vaticano El pan fresco de los presos de Rebibbia para Francisco

GIAMPAOLO MATTEI

Doce reclusos del tercer centro de detención de Rebibbia llevaron una cesta de pan fresco al Papa la mañana del lunes 21 de junio a la Casa Santa Marta. La noche anterior prepararon ese pan, con sus propias manos, precisamente para dar las «gracias» a Francisco «por el don de la esperanza que nos ofrece a los reclusos».

Y, en un ambiente familiar, el Papa les confió precisamente su atención a las personas que viven la experiencia de la cárcel, recordando sus visitas a las prisiones en Argentina, y asegurando sus oraciones también por sus familias.

«Hoy toda la comunidad penitenciaria ha vivido una experiencia muy importante con el Papa»: el padre Moreno M. Versolato, religioso de los Siervos de María, capellán de la más pequeña de las cuatro cárceles romanas, no ocultó su emoción. Sí, el padre Moreno habla de «comunidad» porque «insiste— hoy aquí, en el Vaticano, hemos venido juntos: doce reclusos, la directora de la tercera cárcel de Rebibbia, Anna Maria Trapazzo, tres educadores, policías penitenciarios y dos juezas de libertad condicional».

La presencia de las dos juezas, Anna Vari y Paola Cappelli —señaló el capellán— tiene un fuerte significado: «Ellas son las que evalúan y firman los permisos en las vías de reinserción social, a través de las medidas alternativas de semilibertad, y es extraordinario que hoy aquí vivan, directamente con los internos, una experiencia de belleza que es una 'escuela de vida' para todos».

Sí, explica con pasión el padre Moreno, «estos jóvenes han crecido en suburbios degradados o tal vez proceden de países lejanos... en definitiva, han tenido, desde la infancia, otra 'escuela'...».

El capellán se hizo eco de la directora de los «Museos del Papa», Barbara Jatta, que dio una cordial «bienvenida» a los «embajadores» de Rebibbia: «Estas galerías son la casa de todos, aquí cada uno, con su propia sensibilidad, puede captar 'algo' valioso para su vida y hacerla mejor. Hoy es con gran alegría que los Museos Vaticanos —dice la directora— se presentan y se ofrecen a los internos y a quienes los acompañan como una inspiración de belleza que toca el alma en su profundidad».

La visita a los Museos —el momento fuerte en el pabellón de los carruajes— tiene aún más significado, prosigue el padre Moreno, «porque en este periodo de pandemia, los internos han sufrido mucho el aislamiento y la marginación por la imposibilidad de abrazar a sus seres queridos». Son situaciones extremas, realmente «al límite» —dice— y es fácil ceder a la tentación de dar espacio al conflicto y a la ira. Y el pensamiento, añade, se dirige también a todo el personal de servicio.

«Puedo dar testimonio, como capellán, de lo grande y sincero que es el cariño de los detenidos por el Papa Francisco», plantea el religioso. «Esta mañana le hemos agradecido personalmente, todos juntos, la cercanía que nos muestra continuamente y en diferentes ocasiones». El regalo de las *colombe* en Pascua (dulce típico en Italia durante la Semana Santa), añade, fue una sorpresa para todos. «Pero el mayor agradecimiento», concluyó el capellán, «es por sus oraciones y por sus peticiones a las autoridades políticas para que cambien cada vez más las condiciones de detención, especialmente cuando se viola constantemente la dignidad de la persona».

Al final de la mañana en el Vaticano, la directora del centro penitenciario habló de una experiencia de acogida y esperanza: «El regalo del pan para el Papa tiene un valor enorme para nosotros: en pleno confinamiento hemos puesto en marcha un taller de panadería y siete internos han sido contratados por una empresa. El pan hecho esta noche para Francisco es, por tanto, un 'gracias'. Y también el regalo de la 'baldosa' con la cruz, expresión del curso de mosaico, no es un gesto formal sino un signo de fe y esperanza».

El Papa inicia un nuevo ciclo de catequesis hablando sobre la actualidad de la Carta del Apóstol de las Gentes a los Gálatas

Las pequeñas comunidades levadura de la cultura cristiana de hoy

«Después de un largo itinerario dedicado a la oración, hoy comenzamos un nuevo ciclo de catequesis» para «reflexionar sobre algunos temas que el apóstol Pablo propone en su Carta a los Gálatas»: con estas palabras el Papa Francisco introdujo la audiencia general que tuvo lugar la mañana del miércoles 23 de junio, en el Patio de San Dámaso.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Después de un largo itinerario dedicado a la oración, hoy comenzamos un nuevo ciclo de catequesis. Espero que con este itinerario de la oración, hayamos conseguido rezar un poco mejor, rezar un poco más. Hoy deseo reflexionar sobre algunos temas que el apóstol Pablo propone en su Carta a los Gálatas. Es una Carta muy importante, diría incluso decisiva, no solo para conocer mejor al Apóstol, sino sobre todo para considerar algunos argumentos que él afronta en profundidad, mostrando la belleza del Evangelio. En esta Carta, Pablo cita varias referencias biográficas, que nos permiten conocer su conversión y la decisión de poner su vida al servicio de Jesucristo. Él afronta, además, algunas temáticas muy importantes para la fe, como las de la libertad, de la gracia y de la forma de vivir cristiana, que son extremadamente actuales porque tocan muchos aspectos de la vida de la Iglesia de nuestros días. Esta es una Carta muy actual. Parece escrita para nuestra época.

El primer rasgo que se desprende de esta Carta es la gran obra de evangelización realizada por el Apóstol, que al menos dos veces había visitado las comunidades de la Galacia durante sus viajes misioneros. Pablo se dirige a los cristianos de ese territorio. No sabemos exactamente a qué zona geográfica se refiere, ni podemos afirmar con certeza la fecha en la que escribe esta Carta. Sabemos que los Gálatas eran una antigua población celta que, a través de muchas peripecias, se habían asentado en esa extensa región de Anatolia que tenía su capital en la ciudad de Ancyra, hoy Ankara, la capital de Turquía. Pablo dice solo que, a causa de una enfermedad, se vio obligado a pararse en esa región (cfr. Gal 4,13). San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, encuentra sin embargo una motivación más espiritual. Dice que «atravesaron Frigia y la región de Galacia, pues el Espíritu Santo les había impedido predicar la Palabra en Asia» (16,6). Los hechos no son contradictorios: indican más bien que el camino de la evangelización no depende siempre de nuestra voluntad y de nuestros proyectos, sino que requiere la disponibilidad para dejarse moldear y seguir otros recorridos que no estaban previstos. Entre vosotros hay una familia que me ha saludado: dicen que tienen que aprender el león, y no sé qué otra lengua, porque irán de misioneros a esas tierras. El Espíritu lleva también hoy muchos misioneros que dejan la patria y van a



otra tierra a hacer la misión. Lo que verificamos, sin embargo, es que en su incansable obra evangelizadora el Apóstol había conseguido fundar varias pequeñas comunidades, dispersas en la región de la Galacia. Pablo, cuando llegaba a una ciudad, a una región, no hacía enseguida una catedral, no. Hacía las pequeñas comunidades que son la levadura de nuestra cultura cristiana de hoy. Empezaba haciendo pequeñas comunidades. Y estas pequeñas comunidades crecían, crecían e iban adelante. También hoy este método pastoral se hace en cada región misionera. La semana pasada recibí una carta de un misionero de Papúa Nueva Guinea, me decía que está predicando el Evangelio en la selva, a la gente que no sabe ni siquiera quién era Jesucristo. ¡Es bonito! Se empiezan a hacer pequeñas comunidades. También hoy este método es el método evangelizador de la primera evangelización.

Lo que nosotros debemos notar es la preocupación pastoral de Pablo que es todo fuego. Él, después de haber fundado estas Iglesias, se da cuenta de un gran peligro —el pastor es como el padre o la madre que en seguida se dan cuenta de los peligros para sus hijos— que corren para su crecimiento en la fe. Crecen y vienen los peligros. Como decía uno: «Vienen los buitres a masacrar la comunidad». De hecho, se habían infiltrado algunos cristianos venidos del judaísmo, los cuales con astucia empezaron a sembrar teorías contrarias a la enseñanza del Apóstol, llegando incluso a denigrar su persona. Empiezan con la doctrina «esta no, esta sí», después denigran al Apóstol. Es el camino de siempre: quitar la autoridad al Apóstol. Como se ve, esta es una práctica antigua, presentarse en algunas ocasiones como los únicos poseedores de la verdad —los puros— y pretender rebajar también con la calumnia el trabajo realizado por los otros. Esos adversarios de Pablo sostenían que también los paganos debían ser sometidos a la circuncisión y vivir según las reglas de la ley mosaica. Vuelven atrás a las

observancias de antes, las cosas que han quedado traspasadas por el Evangelio. Por tanto, los Gálatas, habrían tenido que renunciar a su identidad cultural para someterse a normas, a prescripciones y costumbres típicas de los judíos. Y no solo eso. Esos adversarios sostenían que Pablo no era un verdadero apóstol y por tanto no tenía ninguna autoridad para predicar el Evangelio. Y muchas veces nosotros vemos esto. Pensemos en alguna comunidad cristiana o en alguna diócesis: empiezan las historias y después se termina por desacreditar al párroco, al obispo. Es precisamente el camino del maligno, de esta gente que divide, que no sabe construir. Y en esta Carta a los Gálatas vemos este procedimiento.

Los Gálatas se encontraban en una situación de crisis. ¿Qué tenían que hacer? ¿Escuchar y seguir lo que Pablo les había predicado, o escuchar a los nuevos predicadores que le acusaban? Es fácil imaginar el estado de incertidumbre que animaba sus corazones. Para ellos, haber conocido a Jesús y creído en la obra de salvación realizada con su muerte y resurrección, era realmente el inicio de una vida nueva, de una vida de libertad. Habían emprendido un recorrido que les permitía ser finalmente libres, no obstante su historia fuera tejida por muchas formas de violenta esclavitud, no menos importante la que les sometía al emperador de Roma. Por tanto, delante de las críticas de nuevos predicadores, se sentían

perdidos y se sentían inciertos sobre cómo comportarse: «¿Pero quién tiene razón? ¿Este Pablo, o esta gente que viene ahora enseñando otras cosas? ¿A quién debo hacer caso? En resumen, ¡había mucho en juego!»

Esta condición no está lejos de la experiencia que diversos cristianos viven en nuestros días. No faltan tampoco hoy, de hecho, predicadores que, sobre todo a través de los nuevos medios de comunicación, pueden enturbiar las comunidades. No se presentan en primer lugar para anunciar el Evangelio de Dios que ama al hombre en Jesús Crucificado y Resucitado, sino para reiterar con insistencia, como auténticos «custodios de la verdad» —así se llaman ellos— cuál es la mejor manera de ser

cristianos. Y con fuerza afirman que el cristiano verdadero es al que ellos están vinculados, a menudo identificado con ciertas formas del pasado, y que la solución a las crisis actuales es volver atrás para no perder la genuinidad de la fe. También hoy, como entonces, está la tentación de encerrarse en algunas certezas adquiridas en tradiciones pasadas. ¿Pero cómo podemos reconocer a esta gente? Por ejemplo, uno de los rasgos de la forma de proceder es la rigidez. Ante la predicación del Evangelio que nos hace libres, nos hace alegres, estos son los rígidos. Siempre con la rigidez: se debe hacer esto, se debe hacer esto otro... La rigidez es propia de esta gente. Seguir la enseñanza del Apóstol Pablo en la Carta a los Gálatas nos hará bien para comprender qué camino seguir. El indicado por el Apóstol es el camino liberador y siempre nuevo de Jesús Crucificado y Resucitado; es el camino del anuncio, que se realiza a través de la humildad y la fraternidad; los nuevos predicadores no conocen qué es la humildad, qué es la fraternidad; es el camino de la confianza mansa y obediente, los nuevos predicadores no conocen la mansedumbre ni la obediencia. Y este camino manso y obediente va adelante en la certeza de que el Espíritu Santo obra en todos los tiempos de la Iglesia. En definitiva, la fe en el Espíritu Santo presente en la Iglesia, nos lleva adelante y nos salvará.

Al finalizar la catequesis el Papa saludó a los fieles presentes recordando que al día siguiente se celebraba la solemnidad de san Juan Bautista, después rezó el Padre Nuestro en latín e impartió la bendición.

Saludo cordialmente a los fieles de lengua española, que son tantos hoy. Pidamos al Señor, por intercesión de los santos apóstoles Pedro y Pablo, que celebraremos la próxima semana, que nos ayude a abrirnos a su gracia, para poder ver, juzgar y actuar desde la verdad y la libertad que proceden del encuentro con Cristo.

Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

A 20 años de la Federación de los colegios de los jesuitas en América Latina

Escuelas con las puertas abiertas a los pobres

«*Colegios posadas*», es decir, donde puedan recomponer heridas propias y ajenas; colegios de puertas abiertas reales y no sólo de discurso, donde los pobres puedan entrar y donde se pueda salir al encuentro de los pobres». Es lo que desea el Papa Francisco en un videomensaje con ocasión de la XX de fundación de la Federación Latinoamericana de Colegios de la Compañía de Jesús (FLACSI). Publicamos a continuación el texto publicado el jueves 20 de junio.

Queridos hermanos y hermanas de la comunidad educativa de FLACSI

Una reflexión festejando los veinte años de la Federación. Digo festejando porque todo paso adelante siempre es motivo de fiesta. Jesús es el modelo que nos enseña a relacionarnos con los demás y con la Creación. Él nos enseña a salir afuera, a encontrarse con los pequeños, con los pobres, los descartados. Siempre buscaba a esa gente Él. Que nuestros colegios formen corazones convencidos de la misión para la cual fueron creados, con certeza de que «la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los demás» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 10). La vida que se guarda termina siendo un objeto de museo con olor a naftalina, y no ayuda eso. Deseo que los colegios sean «colegios posadas», es decir, donde puedan recomponer heridas propias y ajenas; colegios de puertas abiertas reales y no sólo de discurso, donde los pobres puedan entrar y donde se pueda salir al

encuentro de los pobres. Ellos encarnan la sabiduría evangélica, que es la óptica privilegiada desde la cual tanto podemos aprender. Colegios que no se enrosquen en un elitismo egoísta, sino que aprendan a convivir con todos, donde se viva la fraternidad, sabiendo que todo está conectado (*Laudato si'*, 138), y recordando que la fraternidad no expresa, en primer lugar, un deber moral, sino más bien la identidad objetiva del género humano y de toda la creación (*Instrumentum Laboris*, Pacto Educativo Global). Esa fraternidad... Somos creados en familia, como hermanos. Deseo que vuestros colegios enseñen a discernir, a leer los signos de los tiempos, a leer la propia vida como don para agradecer y compartir. Que tengan una actitud crítica sobre los modelos de desarrollo, producción y consumo (cf. *Laudato si'*, 138) que empujan vertiginosamente hacia la inequidad vergonzosa que hace sufrir a la gran mayoría de la población mundial. Como ven, mi deseo es que los colegios de ustedes tengan conciencia y creen conciencia. Que sean colegios discípulos y misioneros (Aparecida). Quiero animarlos a seguir trabajando juntos, veinte años más y veinte años más y veinte años más, sumados al Pacto Educativo Global, y les agradezco el servicio de promover la fe y la justicia. Sigán adelante en esta misión que les fue encomendada. Que Dios los bendiga, que la Virgen los cuide y recen por mí. Gracias.